

filadero hacia las regiones germánicas del exterior; sobre tres de sus caras, al Sudoeste, al Noroeste y al Noreste está muy claramente indicado el país por unas murallas de montes que, antes de la construcción de los caminos, fueron doblemente obstáculos, á la vez por sus bosques y sus precipicios y por la falta de poblaciones que despojar. El cuarto lado del cuadrilátero de Bohemia, el del Sudeste, presenta también una serie de cumbres y de asperezas que forman una línea de división entre los afluentes del Elba y los del Danubio; pero esta sucesión de alturas, donde unas minas desde hace mucho tiempo explotadas han atraído numerosos obreros, era mucho más fácil de atravesar que las otras fases del losange y permitía las comunicaciones entre los campos de la cavidad bohemía y las comarcas orientales de donde procedían los inmigrantes tcheques; sin embargo, la profunda depresión que se abre del Sud al Norte por el valle del Morava (*March* en alemán), entre las llanuras del Danubio y la alta cuenca del Oder, facilita mucho de una parte y de otra la presión de las poblaciones germánicas, y, de ese lado, el territorio de los Eslavos se halla reducido á un estrecho pedúnculo.

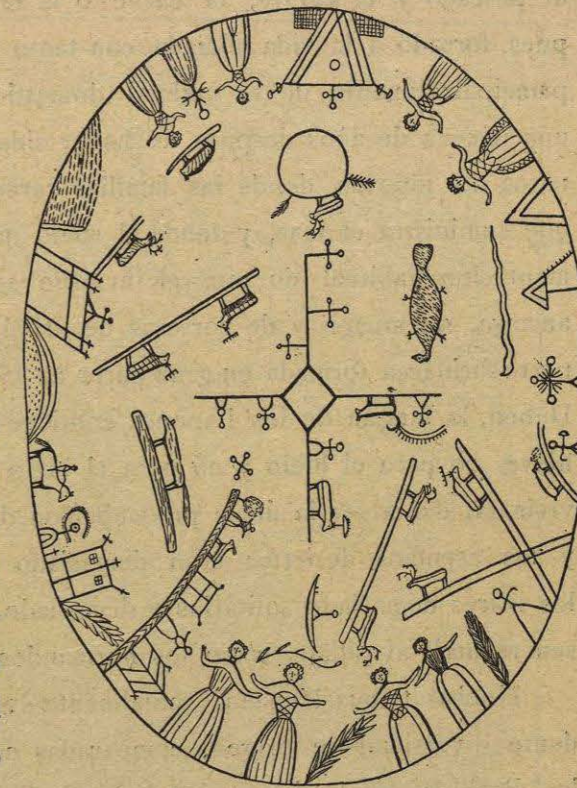
Los pueblos de origen finlandés, que, después de los Eslavos, tenían mucha preponderancia numérica entre los habitantes de las llanuras de la Europa oriental, se hallaron naturalmente envueltos en el movimiento de emigración con su vanguardia germánica y eslavona. Pero suele suceder que los emigrantes se entremezclan y se entrecivilizan por efecto de los choques y de los remolinos; las lenguas y hasta los recuerdos de la raza primitiva cambiaron durante el viaje. Un resultado de esa especie, claramente caracterizado, se halla entre los Búlgaros: estos habitantes de la antigua Moesia eran indudablemente de origen ugro, como los Hunos, y su lengua primitiva debía parecerse á la de los Samoyedos, sus parientes rechazados hacia las orillas del Océano glacial. Cuando aparecen por primera vez en la historia están acampados sobre las riberas del Volga, al que deben su nombre — á menos que el río haya recibido de ellos su denominación —, y su capital, situada por bajo del confluente del Kama, es uno de los mayores centros de tráfico en todo el mundo oriental. Su carrera de conquistas, de destrucción, luego de derrotas, de desastres y de vueltas ofensivas, es una de las más

espantosas que refieren los terribles anales de las emigraciones guerreras, y durante esas guerras se mezclan y remezclan con todos los restos étnicos de los pueblos vencidos, en las campiñas asoladas y sobre los campos de batalla. Su nombre, pronunciado con horror, es uno de aquellos que, en el lenguaje de los pueblos occidentales, ha llegado á ser una de las expresiones más mal sonantes, y, hasta en el Brasil lejano, los Indios Bugres, que fueron durante mucho tiempo el terror de los colonos portugueses, son todavía designados con la denominación del pueblo ugro.

Atravesando por primera vez el Danubio en 498, los Búlgaros fueron durante más de cuatro siglos un peligro constante para el imperio de Oriente; en 814 llegaron hasta los muros de Constantinopla; un siglo después, Basilio II el Armenio recibió el título de «Matador de Búlgaros», bien justificado por sus atroces matanzas. Pero,

á pesar de todo, los Búlgaros, ya cristianizados, se sostuvieron al sud del Danubio, aunque de tal manera mezclados á otros invasores, que su origen ugro ha desaparecido: se han convertido en Eslavos por la lengua y las costumbres, como sus vecinos los Servios y los Rusos.

Otras poblaciones de origen finlandés, que también habían penetrado en las llanuras de la Europa oriental, han permanecido, si no puras, al menos con una coherencia nacional suficiente para llegar claramente distintas hasta nuestros días, conservando sus idiomas, lo mismo que una parte característica de sus antiguas costumbres.



TAMBOR SOBRE EL CUAL INTERROGAN LA SUERTE
LOS LAPONES

Entre esos Finlandeses, los Sams ó Laponés ocupan un lugar completamente especial por efecto de las condiciones geográficas á que han sido sometidos, después del empuje hacia el Norte que han sufrido por los dos lados del golfo de Botnia, en Finlandia y en Suecia; en las comarcas en que la agricultura sólo es posible en escasos sitios bien abrigados, el hombre no tiene más recurso que el pescado y la sangre, la carne ó la leche de los renos: se ve, pues, forzado á la vida nómada, con tanto más motivo que el líquen, principal alimento de su animal doméstico, no rebrota bien sino una decena de años después de haber sido ramoneado. En los distritos del interior, donde las familias carecen del alimento suficiente que suministra el mar, y donde el suelo no puede cultivarse, la alimentación habitual durante el invierno se compone de una hierba amarga, de musgo y de cortezas de árboles; á veces se añade una tierra farinácea formada en gran parte de laminillas de mica¹. Según Düben, la lengua de los Laponés contiene 41 palabras para designar nieve, 20 para el hielo y 26 para el hielo y el deshielo². Comer, vivir, tal debía ser la única preocupación de esos hombres del Norte, y los espacios desiertos eran demasiado extensos en su rededor, los mares demasiado solitarios y demasiado helados para que pudiesen recurrir al pillaje, como los normandos, sus vecinos del Sud.

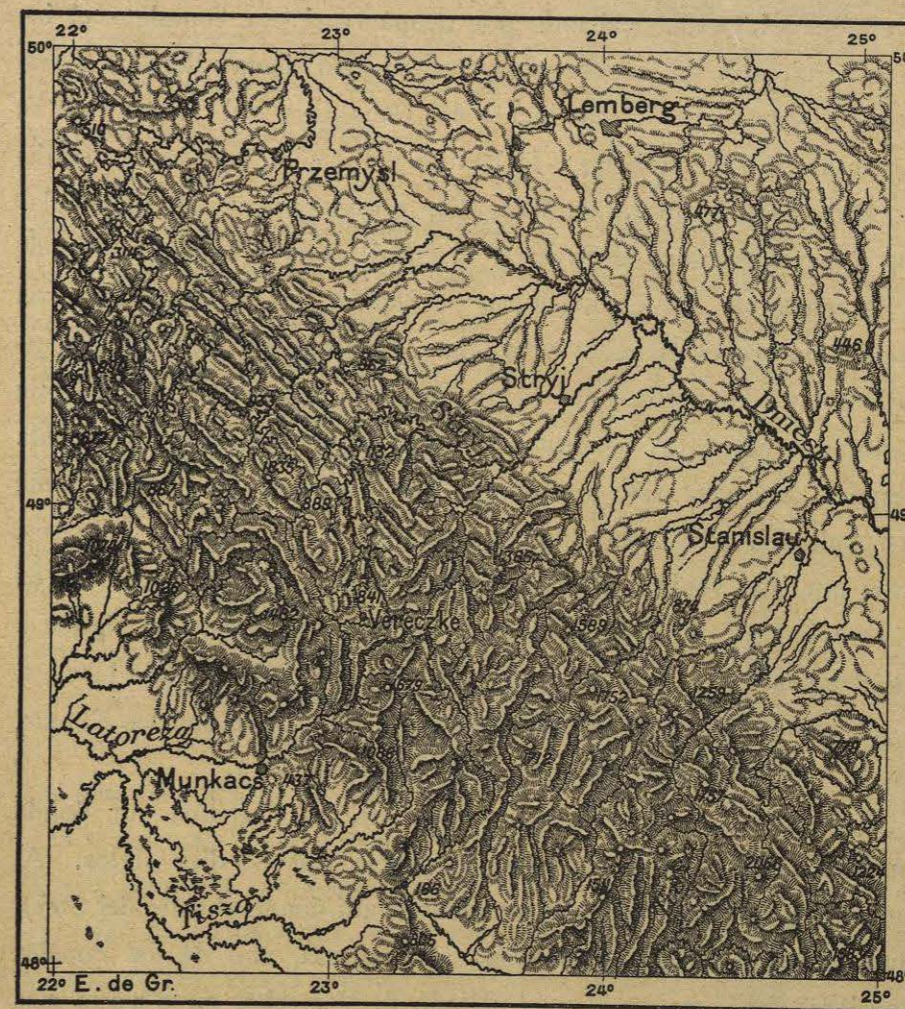
Muchas tribus llamadas actualmente «alófilas» á causa de su evidente diversidad de origen, comparadas con los Eslavos de Rusia, los Bachkir, los Ostiak y los Vogoul, los Mordvin, Tcheremiss y Tchouvack, Sirian, Votiak y otros, tenían muy poca cohesión étnica, y su estado semi-nómada daba á sus territorios contornos demasiado flotantes para que pudiesen constituir nacionalidades conscientes en la historia europea; pero aquellas tribus que se establecieron en las costas del Báltico, Ehstes y Lives, Karelianos y Finlandeses pudieron al menos fundarse una patria bien determinada. Ya con el nombre de Biarmianos, cuando situados más al Oriente, habitaban la Biarmia ó comarca de Perm, esos Finlandeses habían adquirido gran importancia como intermediarios de comercio entre Europa y Asia, y la aumentaron llegando á las costas de un mar que les ponía en

¹ C. Schmidt, *Bull. de l'Acad. des Sciences de Pétersbourg*, vol. XVI, 1871.

² Gust. von Düben, *Lappland och Lapparne*.

comunicación aunque indirectamente con los países de la Europa occidental. Hasta habían penetrado en Escandinavia, donde se hallaron en contacto con los Normandos, pero carecían de fuerza para luchar con tales enemigos, y éstos les rechazaron fuera de la península al

N.º 306. Puerta de los Magyares



1: 2 000 000

0 25 50 100 Kil.

«País de los Pantanos», el Fenn-land, cuyo nombre llevan todavía. Una de sus tribus, la de los Qväner, establecida sobre la orilla oriental del golfo de Botnia, debió á su denominación, que tiene el sentido de «Mujeres» en sueco, pasar por una nación de Amazonas, y, como tal, su fama fué llevada al cabo del Mundo Antiguo por los

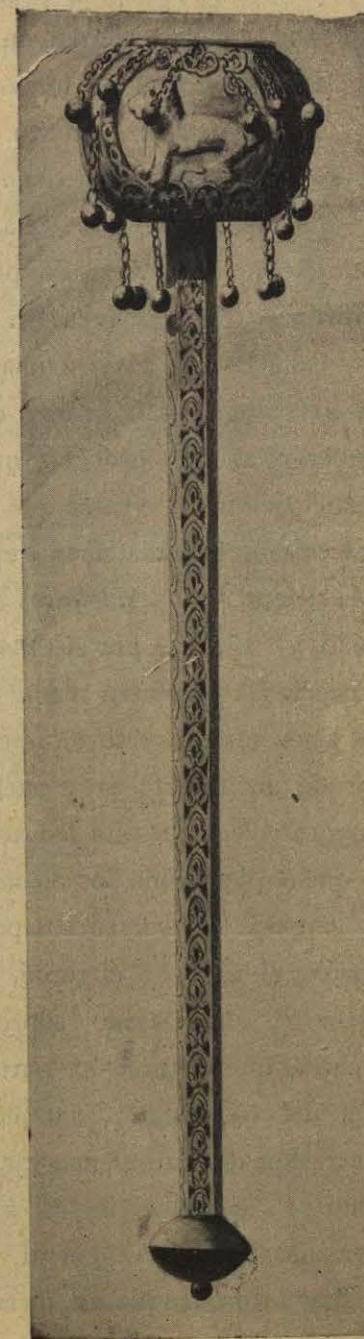
navegantes árabes. En cuanto á los Finlandeses, el hecho mismo de su diferencia de rostro, de lenguaje y de costumbres con los Eslavos, los Escandinavos y los Germanos bastaba para que se viese en ellos terribles brujos.

En el centro de Europa, los Ugrios y los Turcos, siguiendo la huella de los Godos, avanzaron más que los Finlandeses en la dirección del Oeste, acabando por ocupar casi por completo el inmenso anfiteatro de los Cárpatos, que en otro tiempo llenaba el mar interior formado por el confluente del Danubio y del Tisza. Allí se habían acantonado, gracias á la llanura del Alföld, que les recordaba los «mares de hierbas» de Mongolia, y que rodean montes ondulados y nevados como el Sayan y el Altai. Los Hunos hicieron de él el centro de sus expediciones de rapiña; los Avars poseyeron también, entre el Danubio y el Tisza, la ciudadela circular de séptuplo recinto amurallado, en la que habían acumulado todo el botín de durante tres siglos de saqueo á través del mundo griego y romano. Después de haber sido rechazados por completo los Avars, que hasta pierden su nombre para refundirse con Eslavos ó Búlgaros, otros pueblos, venidos primitivamente de Asia, penetran también en la gran llanura de entre-Cárpatos; son los Magyares, que siguen á los Petchenegues, después á los Kumanes, los Palocres, los Jazyges, y que se entremezclan con todos ellos lo mismo que con los Khazar, los Avars y los Eslavos que hallan en la comarca.

Los Magyares recuerdan el pasaje de los Cárpatos por donde entraron en la llanura que ocupaban hacia más de diez siglos. Al nordeste de la gran curva de los montes, allí donde el valle del Stryi, afluente del Dniestr, se aproxima al Latoreza, uno de los ramales superiores del Tisza, se abre el collado de Vereczke, cuya arista más alta, dominada por cumbres que la exceden en 300 metros de elevación, alcanza la altura de 841 metros, y su escalón es fácil. Tal fué la puerta de entrada, «el camino de los Magyares», como le denomina todavía la población de las inmediaciones. Allí fué donde el pueblo húngaro, perseguido por los Petchenegues, y con la complicidad de Arnulf de Carinthia, vencedor de los Normandos, construyó sus principales trincheras de defensa: la ciudad de Munkacs, que guarda los desfiladeros del lado del Sud, hubo de velar como cen-

tinela hasta el siglo próximo pasado para impedir el paso á los ejércitos enemigos, alemanes, eslavos y ugrios, por la misma abertura; pero muchos refugiados, y entre ellos esos mismos Petchenegues que perseguían á los Magyares en 898, se presentaron allí á pedir buena acogida á los Húngaros, en lo sucesivo dueños incontestados de la gran llanura.

Siendo todavía paganos á su llegada al país conquistado bajo el mando de Arpad, los Húngaros se lanzaron contra el mundo cristiano con el mismo furor que sus antepasados los Hunos y los Avars: atravesaron como destructores toda la Alemania del Sud y penetraron por un lado hasta Italia y por otro hasta Francia; pero habiendo sido rota su fuerza por los emperadores de Alemania en dos grandes encuentros, se vieron obligados á encerrarse en su extenso circo de montañas y adoptar la religión de los pueblos occidentales; en 1001, un siglo después de la invasión, su rey recibió de la propia mano del papa la corona que desde aquella época conserva el nombre de «San Esteban». Los Húngaros, batalladores siempre, volvieron desde entonces sus instintos de lucha contra los pueblos orientales que permanecían paganos ó se habían convertido al Islam. Convirtiéronse, pues, por el lado de Oriente, en los campeones avanzados de la Europa cristiana: no les convenía en modo alguno la vida del labrador pacífico. Los Húngaros permanecieron semi-nómadas durante siglos, yendo de un



Según G. Bock.

CETRO DE LOS REYES DE HUNGRÍA